

La representación simbólica del salvaje

El miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida.

Rossana Reguillo

Una simbología compartida culturalmente, una apuesta por el miedo y la violencia como forma de mantener el orden social, a través de la marginación de *esos otros*, que representan el estado más oscuro de la convivencia humana y una fácil y fiel reproducción de sentido es lo que se puede percibir en el periodismo de nuestro tiempo, el cual reproduce fragmentos simplificados de realidad, fáciles de comprender para los lectores.

El aparente convenio entre información y aceptación de la nota ha llevado a una libertad mayor del medio informativo y a una pasividad completa del lector. Este, con el distanciamiento que le permite estar informado sin estar necesariamente implicado en la dinámica social, acepta y, sin cuestionar, aprueba la arbitraria elección de los reporteros, cada vez más afectos a lo espectacular y a lo efímero, en lo fundamental, alejados de un planteamiento serio de la información.

Este es un estudio sobre la cobertura periodística que recibieron los disturbios ocurridos en el Penal La Esperanza, en Mariona, el 18 de agosto. La primera parte del análisis incluye una lectura del contenido iconográfico de las fotografías reproducidas por *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy*, publicadas en la edición del 19 agosto, y continúa con un análisis del tratamiento informativo del 19 y 20 de agosto.

1. Análisis iconográfico

La atención sobre el cuerpo sin rostro, los planos detalles, la representación ambigua de personajes ejemplares con independencia del contexto, han propiciado un nuevo código de comunicación, más orientado a lo emotivo que a lo racional. Esta es una visión de lector modelo sin conciencia, que solo se deja llevar por el instinto, por lo que éste necesita para sobrevivir, por la adrenalina y por una producción de realidades, que repiten y esquematizan estas necesidades.

Desde una lectura más técnica, se observan tres tipos de encuadres recurrentes en la fotografía de los periódicos: plano detalle, plano general corto y plano general largo. Cada uno de ellos cuenta con la información suficiente para consolidar un enfoque periodístico que, con el argumento de la objetividad, elige los modelos más "indicados" (según el criterio del periodista o del editor) para mover el sentimiento social, y condicionar, *a priori*, las reacciones del lector.

Obviando el color amarillista y sensacionalista de los innumerables calificativos, hipérboles y sustantivos peyorativos con los cuales la nota escrita informa sobre el hecho (analizados más adelante), la fotografía, en sí misma, resume, enfatiza e indica cómo se debe leer la nota. Dolor, angustia, muerte e irracionalidad son los principales atri-

butos de la imagen. A través de ésta, el fotógrafo se coloca por encima del ángulo normal de visión y observa, desde un punto lejano, protegido por la barrera que la lente le ofrece, y distanciado del hecho como observador neutral de lo que “los salvajes desafortunados” han propiciado. Pero en la elección de sus modelos informativos y en el distanciamiento aparente de ese mundo real y desordenado, expuesto en la fotografía, se encuentra la evidencia de su implicación personal. Pareciera que el disparo de la cámara es realizado con alevosía. Cada detalle de cuerpo fotografiado señala la complicidad y la participación en el hecho, donde el fotógrafo enjuicia su gravedad y, al mismo tiempo, condena a quienes considera como sus principales responsables.

En efecto, esa parcelación de la realidad, decidida por el fotógrafo, se convierte en lo que Román Guber llama una “experiencia óptica vicarial” para documentar el hecho y comunicarlo a otros suje-

tos. Pero su capacidad para fragmentar la escena original hace que, de manera voluntaria, reduzca y enfoque los contenidos para posibilitar una reacción de sumisión y aceptación en el lector de la noticia.

Una breve mirada a las fotografías, publicadas en la edición de los matutinos, nos permitirá reforzar esta afirmación: los sujetos dibujados por la lente de la cámara, aun cuando procedan de la realidad, son reconstruidos y revestidos de una manera arbitraria de nuevos significados, lo cual despierta connotaciones sociales muy bien aceptadas y asumidas. De esta forma se conserva cierto grado de asimilación del hecho. La condición analógica o imitativa de la técnica fotográfica lleva a concebir cada fotografía desde un poder legitimador, documental de la realidad, y no como una representación elegida. Así, se pueden reconocer las siguientes categorías de actores.

Cuadro 1
Categorías de codificación social de las formas simbólicas

Modelización	Codificación social	Connotación	Valoración semántica
El salvaje	Las maras y sus integrantes indiferenciados	Provocadores, irracionales, inmovibles al dolor, deshumanizados	Negativa: reprobación absoluta unidireccional
Los ofendidos	Reclusos comunes	Padres de familia, esposos, hijos y hermanos	Negativa y positiva: aprobación condicionada, defensa propia
Los dolientes	Familiares	Madres, esposas, hermanas, mujeres afligidas	Positiva: aprobación moral, acompañamiento, ¿resignación?
Los héroes	Cuerpos de socorro, doctores	Consternación inerme frente a los acontecimientos	Positiva: aprobación-admiración
Los custodios	Vigilantes y cuerpos de seguridad	Armados e inertes; figuras de orden, pero no precisamente de ley; incapaces observadores, impotentes frente al hecho	Negativa: actitud pasiva y cautelosa

Este ligero recuento del fenómeno fotográfico de los matutinos no solo muestra el poder legitimador de la fotografía periodística, sino que también comprueba el grado de manipulación ejercida sobre la realidad, lo cual evidencia su contradic-

ción genérica como hecho moldeado. Se muestra la opinión del fotógrafo, a través de su encuadre, angulación y, sobre todo, a través del momento elegido para disparar la cámara. Esto, entre otros elementos, debe llevar a adoptar una postura acti-

va de decodificación de la lectura de las fotografías de los periódicos; una lectura que cuestione el tácito convenio entre informador e informado y que confronte el estado de aceptación y permisividad social, en el cual se ha caído frente a la elaboración de las notas informativas.

Retomando la visión apocalíptica de las escenas documentadas, en los matutinos *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy*, las maras, genéricamente presentadas y representadas con fotografías tan ambiguas y desinformativas como la misma nota periodística, son el símil del primitivo irracional, del salvaje urbano, que no se conduce sino, por el contrario, manifiesta su desaforado y enardecido estado de locura e inconciencia, con expresiones y algarabías carnalescas las cuales, frente a la cámara, son captadas de manera tan audaz como inhumana. La valoración semántica final de esta representación simbólica seguirá siendo completamente negativa. Las maras no tienen posibilidad alguna de redención o enmienda de sus actos. La recurrencia fiel a la captación de modelos simbólicos, asumidos y aceptados por la cultura, se refuerza en la actualización adecuada del prototipo de la mujer, planteado por Ignacio Martín Baró como una especie de "guadalupismo". La copia de este modelo tiene por objeto incitar a la piedad social, a la aflicción y al dramatismo patético, teatralizado por medio de la representación de la mujer penitente, al pie del calvario injusto de su hijo, de su esposo, de su hermano o de su amigo. En ese sentido, se puntualiza, además, una postura clemente y generosa, por parte del fotógrafo, quien capta a estas "pobres" anónimas sin nombre ni apellido, que pronto serán olvidadas, pero que, en ese momento, sirven de emblemas universales del sufrimiento humano más puro.

La mujer indefensa, sufriente e inerme frente al hecho, comparte una lectura de aprobación completa, en el campo semántico social con los cuerpos de socorro y de salvamento y con los médicos, quienes igualmente anónimos —no es tan importante quiénes son, sino lo que hacen—, son privilegiados y reconocidos como las figuras más heroicas. Siempre activos, aunque insuficientes, por la densidad de las escenas más aflictivas. Ambas valoraciones son muy superiores a la otorgada a los agentes de seguridad o custodios —siempre estáticos e impotentes—, quienes aun cuando representan la ley y el orden, son captados todo el tiempo como entes quietos, que observan con cautela las consecuencias de los hechos ya acontecidos.

Esa actitud pasiva completa una valoración negativa alrededor de su construcción simbólica.

La manipulación de la realidad, a través de la fotografía, es efectiva. Desdibuja al recluso, en general, y hace al mismo tiempo una construcción simbólica del marero y del reo común, los actores principales de esta narración. Esos últimos, aun cuando son señalados como anti-valores sociales, no comparten el mismo grado simbólico. De acuerdo a esta lectura, el reo común es más proclive a la reinserción en la dinámica social que el marero, quien siempre es irracional y un salvaje urbano, incapaz de conmovirse y, por tanto, de corregirse para vivir en armonía con la sociedad. Esa manipulación encauza una interpretación colectiva, sin inducir ni aceptar cuestionamientos sobre quiénes son los que el medio ha elegido marginar, condenar, encerrar y excluir del buen estado social.

Ernst Cassirer, Roland Barthes, Umberto Eco y los teóricos citados en este comentario, entre otros, coinciden en que las significaciones de las imágenes, comprendidas como analogía del mundo aparental, no se encuentran en su propia materialidad sensible —la materia física de la que está compuesta—, sino en la construcción simbólica que la sociedad o cultura realiza con ellas. Así, éstas se suman a un convencionalismo designativo. Por ello, la apuesta por una lectura consciente contribuirá a que el lector sea más exigente con lo que considera veraz y representativo; y a que el productor de la nota con aquello que considera válido para informar.

Análisis de los textos noticiosos

La emotividad y el dramatismo que caracterizaron la cobertura periodística de *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy* sobre el motín de los internos del penal La Esperanza (Mariona) no deberían extrañarnos. El inmediatismo de la cobertura diaria, en los medios de comunicación, limita su trabajo a enfoques, por lo general, superficiales y coyunturales, los cuales pretenden capturar la acción del momento a toda costa. En este caso, pareciera que se buscó representar lo grotesco y conmovedor de una manera expresa. Esto condujo a la simplificación del problema y de sus soluciones, así como a su descontextualización y trivialización. Hubo una cobertura completa, desde diversos ángulos, sobre los hechos ocurridos, casi de inmediato, pero aquella se desbordó. Por ejemplo, *La Prensa Gráfica*, seis de las dieciocho páginas dedicadas al tema, el 19 y 20 de agosto, las dedicó al drama de los fa-

miliarios. El tema específico bien pudo ser agotado en un espacio mucho menor.

La tendencia a simplificar se pudo observar en la reducción de los acontecimientos a un simple pleito entre pandilleros y los llamados "reos comunes", como si los miembros de las pandillas no fueran también reos comunes, en el sentido original de la palabra (*La Prensa Gráfica*, 19 de agosto de 2004, p. 2). Ambos están encarcelados por el mismo tipo de delitos. Lo que los diferencia, aparentemente, son las representaciones que cargan el adjetivo "mare-ro", es decir, el universo semántico atribuido a estas personas, como escoria social, salvajes por naturaleza, violentos, conflictivos, asesinos, ladrones, violadores, etc. El motín debería verse, más bien, como consecuencia de una multiplicidad de factores: falta de políticas de prevención del crimen, inexistencia de programas efectivos de rehabilitación en las cárceles, lentitud en los procesos penales, etc. Encontrar esas otras causas es un trabajo más complicado, al cual muy pocos se dedican en los medios salvadoreños.

La simplificación de este hecho también se observa en la difusión de suposiciones y rumores, utilizados para tratar de explicar el origen del motín. Sobresalen tres hipótesis: el estallido de una granada, supuestamente lanzada por miembros de pandillas; el intento de abuso cometido por un pandillero contra una joven, quien visitaba a su padre en la cárcel; y las típicas rencillas personales entre los internos (*La Prensa Gráfica*, 19 de agosto de 2004, pp. 4, 5 y 6; *El Diario de Hoy*, 19 de agosto de 2004, p. 2, y 20 de agosto, p. 6). Muchas de estas hipótesis no volvieron a ser mencionadas por periódicos ni fueron confirmadas por ninguna autoridad.

Los reduccionismos fueron evidentes, además, en el tipo de soluciones reiteradas, en las páginas noticiosas (*La Prensa Gráfica*, 20 de agosto de 2004, p. 3; *El Diario de Hoy*, 20 de agosto de 2004, p. 4). Uno de los remedios planteados fue la construcción de más cárceles e incluso ubicar a los miembros de maras, en prisiones exclusivas. Detrás de esta iniciativa hay una lógica, según la cual los pandilleros son vistos como únicas fuentes de desórdenes, en las cárceles, y los únicos responsables de la ola de violencia general. Los motines en las prisiones, sin embargo, han existido en el pasado y

no fueron generados necesariamente por pandilleros —en 1993, en el penal de Gotera un motín dejó 27 muertos—. La prensa no debería difundir con tanto énfasis y, sin ningún cuestionamiento, soluciones de corto plazo, que no tocan el problema de fondo.

En esa misma línea, podemos hablar del espacio que la prensa le dio al tema de sustituir las camas de los internos (por lo común tijeras de lona) por estructuras de concreto, lo cual se supone evitaría la fabricación de armas corto-punzantes (*La Prensa Gráfica*, 19 de agosto de 2004, p. 6). De la misma forma, se menciona la construcción de un dispositivo panóptico. El periodista que incluyó esta información de forma muy ligera no se molestó en explicarle a los lectores de qué estaba hablando (*La Prensa Gráfica*, 20 de agosto de 2004, p. 2). Es sencillo investigar qué es un panóptico y juzgar de ese modo la seriedad de los funcionarios que plantean esto como una solución. Esta arquitectura es bastante compleja y su diseño permite observar siempre a cada prisionero y a todos, en conjunto. Se trata de un anillo de celdas con una torre al centro. Su construcción sería muy costosa y requeriría un gran nivel de planificación. Esto no debería ser objeto de declaraciones, ni de una cobertura periodística ligeras.

Además de simplificarla, la prensa escrita aquí analizada descontextualizó la más reciente crisis de Mariona. A partir de la lectura de las noticias, los motines se entienden como eventos sin conexión alguna con la crisis socioeconómica generalizada del país. Asimismo, las maras no se explican como un fenómeno creado por condiciones estructurales, sino como si su naturaleza obligara a sus miem-



bros a atentar contra el resto de la sociedad. Sin embargo, las pandillas son solo una de las expresiones de la delincuencia y de la violencia del país, pero no son las causantes exclusivas. La situación de inseguridad es un fenómeno multidimensional y no el producto de la conducta aislada de un grupo específico. Lastimosamente, la versión de los periódicos y su afán de instantaneidad dejó la cobertura de este último motín en un nivel muy superficial, que debilita las bases de la llamada opinión pública.

Los periodistas excluyeron el tema de los mecanismos de prevención del crimen y se dedicaron a resaltar todo lo relacionado con el encarcelamiento de los delincuentes. Las alusiones a estos temas fueron escasas (*La Prensa Gráfica*, 20 de agosto de 2004, p. 4). Asimismo, obviaron la discusión de las fallas de los sistemas judicial y penal. Los suplementos “Vértice” y “Enfoques” tampoco llenaron este vacío de información. No es un tema fácil de abordar y, dada su complejidad, es imposible exigir que la prensa cubra todos los ángulos de la información inmediatamente después de la crisis. No obstante, es legítimo esperar de ella cierto grado de profundidad en las semanas posteriores, pero no hubo tal.

Según las noticias de estos periódicos, el problema de los delincuentes que están fuera de las cárceles y de los que están dentro de ellas se resuelve ampliando y construyendo más prisiones, aumentando la represión policial (con planes como la “mano dura” y el más reciente de la “súper mano dura”) o despidiendo al director de los centros penales. Las iniciativas que solo atacan los efectos, pero no inciden en las condiciones que los generan (*Proceso*, 1111) resultan inefectivas. El plan “mano dura”, por ejemplo, no ha dejado un El Salvador más seguro después de un año. Un artículo reciente, basado en datos de la Policía Nacional Civil, señala que por cada 100 pandilleros capturados con el plan “mano dura”, 95 eran liberados y solo 5 son procesados (“Las grietas del primer mano dura”, www.elfaro.net). La interpretación de los datos sobre el nivel de violencia es confusa, pues las estadísticas de la Policía Nacional Civil registran que el número de asesinatos por día pasó de seis a siete, en este año, mientras que las autoridades policiales afirman que esos niveles disminuyeron.

La prensa tampoco cuestionó los mecanismos ineficientes de comunicación institucional del sistema penal. Enfatizó el drama de los cientos de familiares que se “agolpaban” a la entrada de las instalaciones carcelarias o de las dependencias de Me-

dicina Legal (*El Diario de Hoy*, 19 de agosto de 2004, p. 10); las frases “antisonantes” con las que éstos demandaban información sobre sus parientes, familiares o cónyuges, y cómo la policía tenía que soportar con “entereza” las exigencias del público. Sin embargo, aludió a las fallas del aparato de comunicación de crisis. Simplemente, predominaron comentarios como “Las autoridades de Salud proporcionaron un listado de los heridos en la revuelta de Mariona, además de un diagnóstico de la situación” o “Los gritos, llantos e insultos contra cualquiera que saliera de la cárcel y que no les diera noticias de sus parientes evidenciaban los nervios crispados” (*El Diario de Hoy*, 19 de agosto de 2004).

Los periodistas, atribulados por publicar información, no tienen tiempo —ni se lo dan— para contextualizar los acontecimientos. La salida más fácil es moldear la realidad, concentrando y trasladando los significados al problema coyuntural, y desviar la atención de su dimensión estructural para centrarse en el espectáculo que ofrece el escándalo, la sangre y la violencia (*El Diario de Hoy*, 20 de agosto de 2004, p. 10). El principal elemento para trivializar la información en este caso fue el lenguaje utilizado en algunas ocasiones para colorear las notas con un énfasis dramático, que pudiera demostrar cómo incluso el reportero se sentía afectado por la crudeza de los hechos. No ponemos en duda la magnitud de la crisis desatada, pero frases como “Cuando vi las horribles heridas de tantos reclusos muertos y la mueca de dolor en sus rostros, no lograba encontrar una respuesta lógica para tanta rabia y brutalidad entre los seres humanos” (*El Diario de Hoy*, 19 de agosto de 2004). Estas expresiones solo intensifican el drama, el cual es evidente en sí mismo. El uso repetitivo de frases hechas y clichés contribuyó a exacerbar el dramatismo en las informaciones escritas. De acuerdo al diccionario, los clichés son frases o ideas, las cuales han sido utilizadas tantas veces que han perdido su significado y, por lo mismo, han dejado de ser interesantes.

La espectacularización no es un mal en sí misma. Muchos periodistas, en medios de prestigio, la aceptan como un recurso para capturar la atención de lectores, oyentes o televidentes. “Un periódico puede seguir las normas del sensacionalismo y, sin embargo, ofrecer informaciones veraces y valiosas”, dice el periodista Alex Grijelmo, responsable del *Libro de estilo* del periódico *El País* de España. En la práctica, era imposible informar sobre el

Cuadro 2 Indicadores de la espectacularización y trivialización

<i>El Diario de Hoy</i>	<i>La Prensa Gráfica</i>
<p>“Fue como volver a vivir las imágenes que mi mente infantil vio por la televisión o en las calles de la capital hace años durante la guerra”.</p> <p>“Cuerpos mutilados con múltiples heridas de arma blanca y en avanzado estado de putrefacción: esas son las ‘piezas’ que tienen delante los médicos forenses...”.</p> <p>“En los pasillos de la máxima urgencia del hospital Rosales el rojo de la sangre borró el color habitual del piso”.</p> <p>“Mientras tanto, los más lastimados, dormían sin que nada les perturbara el sueño”.</p> <p>“El enfrentamiento dejó un reguero de sangre e imágenes dantescas”.</p> <p>El brazo de la muerte golpeó tras las rejas. Se había perpetrado una carnicería. Cruda barbarie.</p>	<p>Un día después del motín, “No había cuerpos tirados en el suelo... pero las evidencias del violento ataque aún estaban allí: pozos de sangre coagulada...”.</p> <p>“El caos se apoderó ayer por la mañana del servicio de emergencia del Hospital Nacional Rosales tras la trifulca en el penal La Esperanza”.</p> <p>“El reducido y encerrado espacio donde ocurrió la masacre tiene mucho que contar, al igual que los sobrevivientes”.</p> <p>“En cuestión de minutos, la adrenalina se elevó en ambos bandos y comenzó una sangrienta batalla campal que se extendió...”.</p> <p>“La dantesca lucha entre reos comunes o civiles y pandilleros de la mara 18”.</p> <p>Masacre anunciada. Chispa del gigantesco polvorín. Sangrienta trifulca.</p>

motín de Mariona sin caer en el estilo sensacionalista, dada la naturaleza de los hechos. El problema la exageración en el uso de los recursos estilísticos: usaron adjetivos y lenguaje figurado muy poco creativos; para “humanizar” la información, diluyeron la calidad informativa en detalles repetitivos y a veces hasta irrelevantes; las recurrentes narraciones dramáticas sustituyeron el trabajo periodístico de fondo.

El estilo sensacionalista no se limita solo al lenguaje escrito, sino también al visual. El polémico plano detalle de uno de los matutinos y la cantidad de fotografías que certifican el “volumen” de cuerpos mutilados, ensangrentados y heridos, ponen en evidencia un placer necrófilo, disfrazado de un llamamiento a la conciencia humana. El énfasis de la fotografía en la violencia, la muerte, el dolor y el sufrimiento pareciera convertirse en el referente único de lo que ocurrió ese día. La fotografía se erige en el elemento mediador, por excelencia, entre la experiencia real y la representación alegórica del incidente. La connotación final que el estudio de la fotografía revela coloca como principales actores a los familiares, sobre todo a las mujeres, los médicos y los reos comunes. Esto refuerza una va-

loración semántica positiva de ellos, pero sobredimensiona la valoración negativa de los actos delictivos “propiciados” por las pandillas.

La construcción social de la realidad está simplificada y es expresada de manera ambigua, a través de los medios de comunicación. Estos se adjudican o atribuyen, de forma arbitraria, el rol de censores sociales capaces de ser al mismo tiempo jueces, jurados y verdugos. Se filan los prejuicios, los sentimientos y las reacciones en un lector modelo, quien asume realidades sin cuestionar o contrastar información.

La cualidad del fenómeno fotográfico como experiencia óptica vicarial, y además representativa, hace que las imágenes publicadas en los periódicos se conviertan socialmente en un documento tangible de la realidad. De esta manera, se configura el contenido final de la nota para que éste no se preste a ningún tipo de cuestionamiento.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ, XIOMARA PERAZA
Y NATALY GUZMÁN
Catedráticos del Departamento de Letras,
Comunicación y Periodismo de la UCA